

## CAPITULO VIII.

LOS INDIOS ATACAN CON FUROR LOS CUARTELES DE  
LOS BLANCOS.—SALIDA DE ESTOS.—MOTECU-  
ZOMA ARENGA AL PUEBLO.—QUEDA  
GRAVEMENTE HERIDO.

(1520.)

El palacio de Axayacatl era como recordará el lector una reunion vasta é irregular de edificios de un solo piso, escepto en el centro donde habia do ofrecieddo la parte superior del segundo varios aposentos que eran como otros tantos torreones que dominaban todo. Estaba circundado de un ancho patio cercado de una pared. Esta tenia de trecho en trecho baluartes que daban á todo el edificio, si no la fuerza propia de una fortaleza europea, sí la bastante para resistir á los ataques de los indios. En la pared se habian hecho aberturas ó troneras po

donde podia jugar la artillería que consistia en trece cañones; habiéndolas tambien en gran número y mas pequeñas para los arcabuces. Los españoles estaban cómodamente alojados, porque el edificio era suficientemente amplio para ellos; pero los aliados tlaxcaltecas vivian bajo tejados ó portales hechos al improviso en el espacioso pátio, y aun es probable que muchos vivieran al raso, pues estaban acostumbrados á un clima mucho mas rigoroso que aquel. Las tropas españolas, concentradas de esta suerte dentro de un recinto estrecho y limitado, podian reunirse en un solo momento, y como por otra parte el general observaba la mas prudente vigilancia y estrecha disciplina, era casi imposible recibir una sorpresa. Así es que no bien se habia dado la señal de alarma cuando todo el mundo estaba ya en su puesto: la caballería montada, los artilleros junto á los cañones y los arcabuceros y archeros situados de manera que pudiesen recibir al enemigo cumplidamente.

Venia éste formado en escuadrones ó masas irregulares, que avanzaban en gruesas columnas, sobre las cuales se veian ondear los estandartes magestuosos y brillar los cascos, las saetas y lanzas, todo en confuso desórden. Al aproximarse al castillo arrojaron el espantoso grito ó por mejor decir chillido penetrante que usaban en el combate las naciones de Anáhuac y ofuscaba los sonidos de sus atabales

y demás instrumentos belicosos. Despidieron una lluvia de piedras, dardos y flechas, mientras las gentes que estaban en las azoteas inmediatas descargaban otra no menor del mismo género.<sup>1</sup>

Los españoles aguardaron á que las columnas estuviesen á corta distancia para no desperdiciar sus tiros, y luego que esto se verificó hicieron una descarga general con su artillería y arcabuces, que barió las filas de los sitiadores y los hizo caer á centenares. Los mexicanos estaban acostumbrados al aspecto formidable de aquellas máquinas que habian visto disparar en algunas festividades religiosas; pero como jamás habian probado sus mortíferos efectos, por un momento permanecieron inmóviles contemplando con asombro y espanto los es-

<sup>1</sup> "Eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía; é las flechas é tiraderas eran tantas que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas. (Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pág. 134.) Nada tendria de maravilloso que las saetas no les hayan dejado andar, si acaso es cierto que los sitiados quemaron el día siguiente *cuarenta carretadas*. Herrera, Hist. Gral., dec. 2, lib. 10, cap. 9.

<sup>2</sup> "Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos en gran copia, puestos á punto de guerra, que no parecía sino que habian salido debajo de tierra todos juntos y comenzaron á pelear, y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habian traído y con toda la gente que de nuevo habia venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios con la artillería, arcabuces y ballestas y todos los otros artificios de pelear." Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12 cap. 22.) El buen padre se vuelve elocuente cuando describe batallas.

tragos de la artillería;<sup>1</sup> mas á poco volvieron á recobrar nuevo ímpetu y llenos de audacia siguieron avanzando por sobre los cadáveres de sus camaradas. Otra y otra vez fueron contenidos en su carrera y puestos en desórden para la artillería, pero ellos continuaban avanzando con obstinacion y arrojando nubes de saetas, mientras que las tropas situadas en las azoteas, apuntaban certeramente contra los españoles que peleaban en el átrio. Los mexicanos eran singularmente diestros en el uso de la honda,<sup>2</sup> de suerte que las piedras que arrojaban desde las alturas causaban mayor daño que las saetas. Unas y otras rebotaban contra las mallas y armaduras de que estaban cubiertos los españoles defendidos tambien por el peto de algodón ó *escapulil*; pero los veteranos de Cortés y los aliados no estaban bien provistos de este resguardo y recibian gran daño de aquella lluvia de piedras.

Los aztecas entre tanto habian acercádose hasta ponerse bajo las paredes de la fortaleza, bien que sus filas estaban rotas y desordenadas, y el incesante fuego de los blancos les ocasionaba espantosos estragos. Llegaron sin embargo á tocar las bocas de

<sup>1</sup> El enemigo presentaba un blanco tan considerable, dice Gomara, que los artilleros "sin asestar jugaban con los tiros." Crónica, cap. 106.

<sup>2</sup> "Hondas que era la mas fuerte arma de pelear que los mexicanos tenían." Camargo, Hist. de Tlaxcalan; MS.

los cañones, é intentaron escalar el parapeto, lo que no era difícil pues no tenía una altura muy considerable; pero en el momento en que sacaban la cabeza eran atravesados por las ballestas de los que estaban dentro del pátio, ó derribados por el *maquahuítl* de un tlaxcalteca. Sin arredrarse por esto, otros venían á ocupar el lugar de sus malogrados camaradas, valiéndose para conseguirlo de sus cadáveres mismos ó de las lanzas que fijaban en las hendeduras de la pared para que se les facilitase la subida; pero todas las tentativas eran inútiles.

Viendo que nada conseguían de esta suerte, intentaron abrir una brecha, arrojando sobre la pared pedazos pesados de madera. La fortaleza no estaba dispuesta como lo están las de nuestros tiempos, con arreglo á principios científicos, por manera que una parte de ella dominase y protejiese á la otra; así es que los sitiadores pudieron ejecutar á su placer sus maniobras, pues ni la artillería podía ofenderlos, ni los defensores de la plaza sacar el cuerpo sobre las murallas, porque esto los habria expuesto á recibir los proyectiles de todo el ejército enemigo. No obstante, el parapeto resistió á los esfuerzos de los indios. Llenos entonces de desesperacion, intentaron incendiar el edificio, á cuyo efecto arrojaron dardos encendidos y procuraron acercarse al parapeto lo bastante para poder echar teas encendidas por las troneras. El [edificio principal era de

piedra, pero los alojamientos de los tlaxcaltecas y otras obras exteriores, de madera; así es que muchas de estas se incendiaron y el fuego cundió á pocos instantes á todos aquellos materiales ligeros y fácilmente inflamables. Para este desastre no estaban preparados los sitiados. Tenían muy poca agua, apenas la bastante para beber; por tanto, procuraron aplacar el incendio, cubriendo con tierra las llamas; pero no lo consiguieron. Afortunadamente el edificio central era de materiales incombustibles; pero las llamas se cebaron con tal furor en las obras exteriores, que fué preciso derribar algunas partes de la muralla, aun cuando fuese dejando abierta una brecha formidable. Esta fué cubierta al instante, de orden del general, con una batería de gruesos cañones protegida por una fila de arcabuceros que descargaban sin cesar una lluvia de balas sobre los que intentaban penetrar por aquel claro. <sup>1</sup>

El combate se habia encarnizado con furor por ambas partes. Las murallas de la fortaleza despedían sin cesar torrentes de llamas y de humo. Los queji los de los moribundos se perdían en medio de los alaridos de los indios, el estallido de la artille-

1 "En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte de ella sin la poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derrocando un pedazo que mató el fuego, la que si no fuera por la mucha guardia que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entraran á escala vista sin lo poder existir" Relac. Seg. de Cortes, ubi supra.

ría, el agudo silbo de las balas y el sordo zumbido de las saetas y piedras. Aquel era el choque entre el europeo y el americano, entre el culto y el bárbaro, entre la pericia del uno y las armas y el poder guerrero del otro. Al estallar el cañon en los antiguos muros de Tenochtitlan, anunció que el blanco, el devastador, habia sentado su planta dentro del recinto de la gran ciudad. <sup>1</sup>

Llegó la noche y tendió su manto de paz sobre ambos combatientes. Los aztecas rara vez peleaban de noche; pero ansiosos de que llegase la hora del nuevo asalto, dejaron en poca quietud á los españoles, los cuales hartos tuvieron que ocuparse con solo reparar las brechas abiertas y reponer las estropeadas armaduras. La derrotada hueste estuvo sobre las armas toda aquella noche, recordando á los sitiados que allí estaba, con despedir de vez en cuando una saeta ó piedra por sobre las almenas, ó con un grito de provocacion que algun guerrero mas atrevido que sus camaradas venia á lanzar al pié de las murallas. Por lo demás, el silencio de la noche solo era interrumpido por ese murmullo vago y sordo que siempre llena el aire á las inmediaciones de una reunion muy populosa.

<sup>1</sup> Ibid, ubi supra. Gomara, cap. 106: Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 2, cap. 23. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS. parte 1<sup>a</sup>, cap. 26. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 129.

La ferocidad de los mexicanos era cosa de que Cortés no tenia idea. Su pasada experiencia, su no interrumpida série de victorias alcanzadas á poca costa y con un puñado de soldados, le habian inducido á menospreciar la capacidad militar, ya que no el valor de los indios; y fuera de esto, la mansedumbre aparente con que los mexicanos habian sobrellevado los ultrages inferidos á su monarca, le hacian tener en muy poco el valor de esta raza. El no creyó que aquel ataque fuese otra cosa mas que la efervescencia del populacho, que por sí sola se aplacaría en poco rato; así es que se proponia hacer al dia siguiente una salida para dar á los indios una dura leccion y recordarles que él era el señor en aquella capital.

Al primer albor de la mañana se pusieron los españoles sobre las armas, aunque madrugaron mas que ellos los indios, que á aquella hora ya les habian enviado algunas descargas de proyectiles. Cuando aclaró el dia vieron los de la fortaleza que sus sitiadores en vez de disminuir habian aumentado considerablemente en número con respecto á lo que eran el dia anterior, pues llenaban la plaza inmediata y sus grandes avenidas. En vez de estar hacinados formando una masa confusa, estaban distribuidos en trozos á manera de batallones, cada uno con sus banderas en que se veian las armas de las principales provincias y distritos del valle. Sobre toda aque-

lla sobresalía el estandarte imperial de México, cuyas armas eran una águila que tenía asida entre sus garras un tigre (ocelot), blasonadas sobre un rico manto de plumage. Véanse vagar por todas partes sacerdotes que se mezclaban entre la soldadesca y con diabólicos gestos la animaban á vengar á sus ultrajadas deidades.

La mayor parte de los enemigos estaban casi desnudos, sin mas que un *maxtlatl* ó calzon que les cubría la cintura. Sus armas eran de varias clases: unos traían largas picas con puntas de itztli ó cobre, ó simplemente aguzadas; otros venían armados de hondas, y algunos con dardos de dos ó tres puntas, atados al extremo de una correa con la cual podían sacarlos del cuerpo de la víctima y recobrarlos: esta última arma era muy temida de los españoles. Los oficiales portaban la terrible espada india ó *maquahutil*, con sus numerosas y afiladas láminas de obsidiana. Entre la abigarrada multitud de guerreros se distinguían algunos por su rico vestido y aire de autoridad que denotaban ser personas de calidad en el ejército: resguardaba su pecho una lámina de metal sobre la cual caía el peto de plumage: vestían cascos ó yelmos cuya figura remedaba la cabeza de un animal feroz, y de donde pendían trenzas de cabellos ó sobre los cuales ondeaban penachos de brillantísimas plumas. Unos cuantos venían condecorados con un cordoncillo rojo que ataba los cabellos

en madejas cuyo número denotaba el de las victorias alcanzadas por su dueño, ó el puesto que tenía en el ejército. Aquella multitud mixta, indicaba que el sacerdote, el guerrero y el simple ciudadano, todos habían tomado parte en el tumulto.

Antes que el sol hubiese herido con sus rayos los cuarteles castellanos, el enemigo ya estaba en movimiento amenazando renovar el terrible asalto de la víspera; pero el general determinó impedirlo mandando hacer una salida para la que estaba dispuesto de antemano. Una descarga general de artillería y mosquetería esparció la muerte y abrió anchos claros en las filas de los aztecas; y antes de que pudiesen éstos recobrase de la confusión y volver á ordenarse, fueron abiertas de repente las puertas de la fortaleza y Cortés con la caballería; ayudado por la infantería y algunos millares de tlaxcaltecas, se precipitó á todo correr sobre los indios. Sorprendidos tan de súbito, apenas pudieron hacer resistencia, morían pisoteados por los caballos, despedazados con las anchas espadas toledanas ó atravesados con las picas de los ginetes: la infantería vino á completar la obra, y en breves momentos fué general la derrota.

Pero los aztecas huyeron solo para refugiarse en una gran trinchera de madera y de tierra que habían levantado en la calle principal por donde venían persiguiéndoles. Recobrados de su turbación

se detuvieron valientemente detrás de la trinchera, descargaron una nube de saetas y piedras sobre sus perseguidores, y entonces éstos, así por aquel obstáculo como por el daño que les causaban desde las azoteas, se vieron precisados á contener su carrera y aun quedaron algo desordenados. <sup>1</sup>

Cortés para superar aquel obstáculo, mandó traer algunos gruesos cañones que en poco tiempo dejaron expedito el tránsito. Pero los españoles habian perdido todo el impulso del primer movimiento y habian dado al enemigo, tiempo para rehacerse y hacerles frente con iguales ventajas. Viéronse de repente flanqueados por batallones de fresco que habian llegado por las calles y plazas laterales. Los canales estaban cubiertos de canoas llenas de guerreros que con sus formidables dardos ó javelinas, buscaban las juntas y partes flacas de las sólidas armaduras y hacian horrible estrago en los desnudos tlaxcaltecas. Despues de repetidas é impetuosas embestidas, lograron por fin los españoles rechazar á los aztecas, bien que algunos de estos con una desesperacion que probaba su ávida venganza, procuraban estorbar los movimientos de los caballos asiéndose de sus patas, y desmontar á los ginetes, lo que lograban mas facilmente. ¡Infeliz del que tenia esta suerte! Moria agobiado por el bárbaro *ma-*

<sup>1</sup> Carta del ejército, MS.

*quahuil*, ó era enviado en una canoa á la espantable piedra de los sacrificios!

Pero lo que causó mas estrago á los españoles fueron las descargas que recibian de las azoteas, de donde les arrojaban piedras tan enormes y con tanta fuerza que derribaban de la silla al mas vigoroso ginete. Hostigados por aquel daño de que no eran parte á preservarles ni aun los escudos, mandó Cortés que los [cañones hiciesen fuego sobre las casas. La medida tuvo todos sus efectos, pues aunque aquellas eran en su mayor parte de piedra, estaban llenas de esteras, carrizos y otros materiales combustibles que pronto se incendiaban. Pero las casas estaban separadas unas de otras por canales y puentes levadizos, de manera que difícilmente se propagaba el fuego de una á otra; razon por qué los españoles á pesar de sus fatigas, no lograron, [afortunadamente para la ciudad], adelantar gran cosa en aquella obra de devastacion. <sup>1</sup> Sin embargo, no desistieron de su intento, hasta que lograron incendiar algunos centenares de casas, añadiendo á todos los horrores de aquella escena, el de una conflu-

<sup>1</sup> "Están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza, pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azoteas tiraban tanta piedra y cantos que era cosa perdida ponernos ne ello. Y demás de esto, en algunas casas que les poniamos fuego, tardaba una casa en se quemar un dia entero, y no se podia pegar fuego de una casa á otra, lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas." Berna Dias de la Conq., cap. 126.